La «Bella Lindaraja», soldada más que cogida al brazo de su moro, apenas si tenía ojos más que para admirarle ni oídos sino para escuchar sus ardientes palabras.

La entrada produjo en todos los asistentes un murmullo de admiración entusiasta... Pero, ¡ay!, que unos gritos desgarrantes salieron casi a un tiempo de los labios de don Nicomedes, don Anselmo, Paquito y el indiano, que gritaran:

—¡Gloria!

—¡Purita!

—¡Lola!

—¡Paca!





SOBERBIA DE AMOR

La Novela Sugestiva

SOBERBIA DE AMOR

por

GAUDENCIO LAGO

Ilustraciones de
HELGUERA

23

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



TENDIDA bajo la fresca sombra de un pino, Gilberta reposaba. Era a la entrada del pinar, junto a la carretera, y por ello la muchacha veía desfilar a la gente del pueblo, que se dirigía a sus ocupaciones. Los mozos la saludaban efusivamente; alguno la dirigía una palabra salaz o un banal galanteo, porque, sin duda alguna, la joven se hallaba codiciable. Bonita y bien formada, rubia, blanca, resguardada por ese hado invisible que cuida de las bellas, de ese halo moreno que tiñe la piel de las mujeres a quienes el aire del campo orea.

Gilberta era pobre. Cada vez más. ¡Como que ya iba entrando en sus planes el marcharse a servir a la corte! La mísera tierruca de sus padres era cada año más improductiva. Los ahorros, cada vez más menguados. Y los brazos de Policarpo, el padre de Gilberta, los únicos que cuidaban del

laboreo de la escurrida heredad, se hallaban ya muy cansados.

Pero, a pesar de todo, Gilberta era en el pueblo como una señorita. Medias de seda, vestidos de telas baratas, pero vistosos y de corte elegante. Y sobre todo, aun por encima del exquisito cuidado de su persona, ese orgullo de sí misma, esa innata soberanía que hace aún de los seres más inferiores algo superior a la plebe.

Gilberta, tendida bajo el pino, con los ojos semientornados, la gracia de sus pantorrillas al descubierto, ensoñaba. Pensaba en Madrid, en los triunfos que en él le aguardaban, en sus adoradores. ¿Cómo habría de producirse todo ello? Gilberta no lo sabía. Pero estaba segura de que la dorada quimera sería de que su belleza habría de triunfar.

—¡Eh! ¡Gilberta! ¡Adiós, mujer! ¡Buenos días!

El sueño quedó cortado. Los ojos semientornados no se abrieron, empero, para mirar al que así saludaba. Tan sólo en el femenino cuerpo hubo un imperceptible movimiento desdeñoso y los labios de Gilberta dejaron escapar:

—¡Gañán!

El no lo oyera.

Y, decidiéndose, se acercó jactancioso a la joven, atraído, seducido, y murmuró, fijando ardientemente sus pupilas en las descubiertas pantorrillas de la muchacha:

—¡Estás bonita, Gilberta; bonita, bonita!

La exclamación fué haciéndose, a medida que se desarrollaba, más vehemente y pasional.

Gilberta se incorporó, inquieta. Miró altivamente al importuno y le dijo:

—Pero bueno, Marcial, ¿cuándo vas a terminar de molestarme?

—Es que me gustas mucho, Gilberta; es que te quiero. Y cuando te veo, no puedo contenerme, no puedo, no puedo...

—Pues haz un poder.

—No puedo, te digo.

Y luego de una pausa:

—Di, ¿por qué no me quieres?...

—Porque...

—¿No soy lo suficientemente guapo para ti, lo bastante rico?...

Contestó ella rotunda:

—Eso.

—Pero tú, ¿a qué aspiras? Mis tierras son las más ricas del pueblo. Mi padre tiene guardados sus buenos diez mil duros, que serán para mí, su único hijo. Yo no te pido sino que seas mi mujer. Otra cosa, no, Gilberta.

Ella hizo un gesto de malestar, como para ahuyentar la sugestión. Y movió negativa y tenaz la cabeza:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Te he dicho que no!

Las piernas de la muchacha, en un movimiento que ésta hiciera para variar de posición, entre-



Bajo la sombra de un pino.

abriéronse. Y fueron las ardientes pupilas del mozo y robaron de entre el relampagueo de carne sonrosada las exquisitas redondeces más imaginadas que vistas...

Fustigó su sangre, su entendimiento; un ramalazo de lujuria. Y cayó junto a la joven suspirante, enardecido, extendiendo una mano codiciosa hacia el cuerpo anhelado.

Clamó, en macho que da la batalla por la posesión de la hembra:

—¡Quiero que seas mía! ¡Lo quiero!

Ella sabía las tretas necesarias para hacer imposible lo que sólo con la colaboración, con la aquiescencia de la anhelada puede lograrse. Y, segura de sí misma, escurrió el cuerpo, rechazó al audaz, sin levantarse siquiera del suelo. Y rió la atacada, despreciativa y cruel, en vencedora:

—¡Pero qué imbécil eres, Marcial! ¡Qué imbécil! ¿Con quién te has creído que estás tratando? Yo no soy una moza de esas que tú, gallo de corral de pueblo, atropellas en la linde de un sendero, en la maraña del bosque; yo soy...

Fué entonces la profecía.

Marcial retrocedió. Fijos en él los ojos azules de Gilberta, crueles como nunca, llenos de desdén, de desprecio, parecieron dominarle. Y suspiró en acatamiento:

—Sí, ya sé. Tú no eres como las demás. ¡Tú

eres... una gran señora! ¡Tú serás, en cuanto te lo propongas, una de esas mujeres que van por la vida, como diosas de belleza y de poderío, dominando a los hombres!...





ILBERTA quedó como sugestionada por la predicción. A partir de aquel día, su ansia de marchar a la corte se hizo más vehemente. Se ahogaba ya en el pueblo. Y dos meses después se decidía a dar la batalla a la vida.

Su madre, convencida de la inutilidad de retener a la ambiciosa en el estrecho molde del pueblo donde naciera, la dió unas cuantas direcciones de amistades residentes en Madrid y la dejó partir.

Gilberta no lloró al salir del pueblo, al que esperaba volver algún día hecha una gran señora. Por el contrario, tomó el tren arrogantemente y se instaló en su asiento de tercera clase con la misma prosopopeya que si se instalara en un departamento de lujo.

Iba casi sola en el vagón a lo primero. Pero,

bras junto a su belleza deslumbradora. Por eso... creo que usted debe alzar la vista y mirarme. ¡Verá usted cómo mis ojos saben decirla sutilezas y llevar a su alma poemas de maravilla!

El abogado se apoderó seguidamente de una de las manos de Gilberta, que ella no tuvo fuerzas para retirar de entre las de su conquistador.

—Dígame usted su nombre, ¿quiere?

—Gilberta.

—Yo me llamo Basilio.

Y luego, oprimiendo dulcemente la mano de la muchacha:

—Gilberta, es preciso que nos queramos mucho, mucho. ¡Podemos ser tan felices!

La muchacha se halla encantada. ¡Cuán tempranamente la parecía que su sueño de amor y de riqueza iba a realizarse!

Aquel tren, en lugar de ser el banal tren ligero de Avila, ¿no era acaso el vehículo que rápido la conducía al maravilloso edén donde todas las dichas ensoñadas aguardábanla?

Cayó Gilberta en un estado de dulce inconsciencia, en el que todo pudor se adormecía, en el que las amargas realidades de la vida y los secos convencionalismos se dulcificaban, se tornasolaban.

Murmuró, como si se contestase a sí misma:

—Sí. ¡Podemos ser tan felices!...

Torrelodones. Y de pronto fué la oscuridad. ¡Habían penetrado en el túnel!

Los labios de Basilio entonces se apoyaron en los de Gilberta y besaron ávidamente, ardientemente; sus manos rodearon codiciosas la cintura de la joven...

¡No pudo, no supo gritar Gilberta!

Y en este desfallecimiento él la sintió ya suya, comprendió que no tenía sino tomarla.

Cuando la luz llegara de nueyo, Gilberta estaba pálida y temblorosa, llena de miedo, llena asimismo de una extraña emoción, quizá la misma que experimentan las vírgenes en el momento de la entrega.





A tenía Basilio entre sus brazos, desnuda, y la estrechaba contra su cuerpo, contra su corazón. ¡Era suya la que nunca de nadie fuera, la señorita lugareña llena de ambiciones, la exquisita muñeca nacida para deslumbrar.

—¿Mía siempre, Gilberta? ¿Mía?

Y ella suspiraba sinceramente en aquel instante:

—¡Sí, Basilio mío, sí!

Y parecía cierto. En aquel momento era suya. Aun cuando Gilberta, en su entrega, no lograra alcanzar la sensación suprema, su corazón y su alma vibraban en aquel instante por el hombre.

Pero Gilberta no era del amor, no podía ser del amor. Era del lujo y del boato. Era de todos y de ninguno. Mariposa del placer, faro del vicio.

No amaba el amor Gilberta; sólo viera en él

pedestal para su encumbramiento, y por ello no la fuera difícil subir. Su cuerpecito de muñeca, sus ojos azules, de princesita rusa, no sabían de la emoción de amar. Su boca embustera era diestra en mentir quereres y aun en embriagarse con el propio aroma de su espíritu sobreexcitado. Comprendiera, sin embargo, Gilberta cuán rico venero representaba la sensación voluptuosa, y cómo con cierto cálculo podría explotarse la humana debilidad, que así la consideraba ella al presenciar el estado de sometimiento del ser, el loco anhelo por experimentar el amoroso espasmo y las no menos locas concesiones por conseguirlo de la mujer deseada.

Basilio la instaló en un discreto pisito de la calle de Diego de León. Pero ello fué breve. Dos meses después, de los brazos de Basilio saltaba Gilberta a los del banquero Moisés Delpatte, que, a su vez, la instalara lujosamente en un hotelito de la calle de Alcalá.

Moisés Delpatte era un hombre de unos cincuenta años, verdadero tipo del juerguista agotado que busca en el discreto retiro de un clandestino hogar la paz y el sosiego de que durante largo tiempo huyera. Quería a Gilberta con toda su alma y estaba propicio a caer en el lazo matrimonial que tan hábilmente teníale tendido Gilberta. Moisés vivía con su sobrino Marcelo, mozo de veinte años, y un enjambre de criados que le servían sin afecto alguno, con ese frío servilismo de

hoy, donde no hay más imán entre amo y criado que el dinero. Marcelo era un muchacho impulsivo, pero de débil carácter y de una indolencia sin igual. Se pasaba las horas tendido en un diván, leyendo o sorbiendo con placer de sibarita copas de *chartreuse*, bebida por la que sentía gran afición. Moisés, previendo que bajo el influjo de su creciente pasión por Gilberta acabaría por llevarla a su propio hogar como reina y señora, consultó un día vagamente a su sobrino, a quien trataba como a un hijo:

—Oye, ¿a ti qué te parecería si yo me casara nuevamente? Se necesita una mujer en casa que cuide del hogar. Esto parece un campamento de gitanos.

—Tío, yo no digo nada. Tú eres libre de hacer lo que gustes.

—Pero tú, por tu parte...

—¿Yo? ¡Psch!... Siempre será grato ver a una mujer en casa. ¿Es joven?

—Sí.

—¿Y guapa?

—También.

—¿La conozco yo?

—Creo que no.

—¿Es una rubia menudita, de ojos azules?...

—Sí, sí...

—Entonces la conozco. No sé; creo que se llama Gilberta.

—La misma.

—Como guapa, lo es; pero... Tío, perdona mi franqueza; mas yo debo ser claro contigo; sobre todo cuando se trata de dar a una mujer tu nombre, que es también el mío...

—Habla.

—Dicen que esa Gilberta... Vamos, ¿comprendes, tío?

—Sí; la murmuración.

—La murmuración, que muchas veces es el rumor del agua que al río delata.

—No pretendo yo decir que Gilberta sea una santa; sería inútil, además, si la realidad, al propio tiempo, desmintiera mis palabras; pero sobre todo esto, Marcelo, hay una irrefrenable verdad que lo domina con su poder, y es que estoy realmente enamorado de esa mujer, que la quiero con toda mi alma y por encima de mi riqueza.

—Entonces, tío, ¿qué quieres que te diga? Cásate con ella, y si hay algo que redimir en esa mujer, redímelo redimiéndola.

—Gracias por tus palabras, Marcelo. El día en que te encuentres enamorado de una mujer tanto como yo de Gilberta, me comprenderás mucho mejor.

—El amor, tío... ¡Bah! Prefiero mi *chartreuse*.

Y desde la *chaise-longue* en que se hallaba perezosamente alargado, extendió la mano y llevó a sus labios la copita de licor, que ya habíase preparado mientras su tío le hablaba.



¡De ninguna manera! ¡Esto no está bien así! ¿Dónde se ha visto una luna veneciana en el comedor? Pero, Enriqueta, por Dios, ¿en qué casa ha servido usted?

La doncella replicó a Gilberta:

—¡Ah, pues!... Crea la señora que es el último *cri*, como decía mademoiselle Georgette.

—¿El último *cri*? El último *cri* es el que te voy a dar yo como sigas cometiendo esas herejías.

Pero había tanta miel en la expresión, que la doncella marchóse murmurando:

—¡Pero esta señorita! ¡Qué simpática es! ¡Y qué gusto tiene para todo! Cualquiera diría, al verla ahora, que se ha pasado la mayor parte de su vida en una guardilla.

Ciertísimo. En cuanto Gilberta pasó de querida a esposa del banquero Moisés Delpatte, se operó

una total transformación en ella. Sintióse señora y dama de buen gusto. Los trajes detonantes de mujer entretenida cambiáronse por serias *toilettes* de mujer del gran mundo, sin extravagancias ni inútiles exhibiciones de íntima belleza.

Llegara ya Gilberta a la cúspide de sus aspiraciones; todo lo consiguiera; todo menos un gran amor. Y tras un año de matrimonio, la gran dama, en su magnífico hotel, se aburría; íbase dando cuenta de que el lujo y el *confort* no lo son todo.

¿Dónde buscar el amor Gilberta, si empezaba por no hallarle en su propio cuerpo, aun exaltándose en una autosugestión que no lograba la maravillosa sacudida ni aun en los momentos de más pasión en el lecho conyugal?

Su espíritu comenzó a sumergirse en un melancólico otoño, en el que el árbol de su juventud íbase deshojando lenta y desesperadamente.

Comenzó a existir cierta afinidad entre los seres que más habitaban el hotel de la Castellana, propiedad del banquero Delpatte: Gilberta y Marcelo. Su indolencia, su *spleen,* ibales acercando de una manera lenta, pero segura, como restos de un naufragio que, poco a poco, van llevando las olas hacia la placidez soleada de una playa.

En los primeros meses estableciόse una sorda hostilidad entre la nueva esposa y el sobrino del banquero. Ella, para él, era la intrusa que venía a romper, aun cuando fuese levemente, la monotonía de un vivir con el que se hallaba encariña-



—Yo no tengo novio.

do; Marcelo, a su vez, representaba para Gilberta el molesto testigo de su vida actual, que, además, alzábase ante ella cual si quisiera recordarle su oscuro origen. Luego, con el hábito, acorrió, olvidadiza, la indiferencia. Y después, cuando el corazón de Gilberta, vacío de amor, empezó a sentir el infortunio de la soledad, su melancólico abandono, sus largas languideces, su gesto lejano de damita hastiada de la vida, interesaron a Marcelo, llegando a experimentar una viva y fraternal simpatía hacia Gilberta.

Muchas veces, perdido el pensamiento en imprecisos nirvanas, mientras el banquero corría presuroso hacia la Bolsa, al Casino o a sus oficinas, Marcelo y Gilberta hacían largas sobremesas en el comedor, lejanos uno de otro, degustando él copita tras copita su licor preferido y sorbiendo ella lentamente una taza de café, frío al fin. Y el diálogo rara vez prendía en su semiconsciencia a no ser en jirones de ideas vagas que cuidadosamente solían envolver sutiles anhelos.

—¿Has probado alguna vez la morfina, Marcelo?

—No; la tengo un miedo...

—Debe ser ideal.

—En la primera época; luego embrutece, y después es una horrible tragedia.

—¿Más que un vacío vivir?

—Más.

Y volvía a reinar el silencio entre ellos hasta

que de nuevo se alzaba la voz de Gilberta para decir:

—¿No has amado nunca, Marcelo?

—¿Amar? ¿Amar cómo?

—Amar de amor, con entusiasmo, presto a todos los sacrificios por conseguir la mujer de tus aspiraciones.

—No; así no; si así amase, creo que sería capaz de todo. He amado al placer por el placer. Nada más.

—Y... ¿vale la pena?

—¿Cómo? ¿Qué?

Marcelo se irguió un tanto sobre el asiento y contempló con atención a Gilberta. Dijo:

—Gilberta, ¿por qué me preguntas eso a mí? ¿Qué pretendes? ¿Es que acaso tú no sabes si vale la pena amar al placer por el placer? ¿Tú?

Gilberta no contestó a la acometida. Suspiró levemente tan sólo. Y como Marcelo la siguiera contemplando fijamente, musitó:

—Hay en las vidas de los seres con los que nos cruzamos en nuestra existencia puntos lejanos que nunca llegamos a contemplar, como los lugareños, que nacen, viven y mueren en esos paisajes que tanto nos deleitan cuando cruzamos entre dos urbes. La vida interior, Marcelo, es siempre, en todos los casos, sin excepción alguna, mucho más triste, menos soleada que esta existencia exterior a la que asoman falsas sonrisas y alocamos con el cascabeleo de una alegría hecha tan sólo del am-

biente que nos rodea, de la decoración en que nos movemos y del *atrezzo,* sobre todo del *atrezzo.*

—¿Sabes una cosa, Gilberta?

—¿Qué piensas, di?

—Que no creí nunca que pudieras ser una mujer tan interesante.

—Es que antes no lo era.

—Es verdad.

Y tras de una larga pausa:

—Dime, Gilberta, ¿serías capaz de ser sincera conmigo?

—¿Acaso no lo soy?

—No; precisamente en ti la sinceridad no es tu principal virtud. Ya ves cómo yo sí que lo soy contigo hablándote con semejante franqueza.

—Pues bien, Marcelo; te confesaré que antes no era sincera; que mis labios han mentido aun en los momentos más trascendentales de mi vida; pero ahora, Marcelo, en la hora decisiva en que las hojas caen, *en que ya no me queda nada que realizar,* en que todo lo que despreciara se me ofrece tentador y bueno, con el sano aspecto de un pan rústico, toscamente amasado, pero perfumado, incitador..., ahora sí, Marcelo; ahora sí creo que podría ser sincera.

—Bien. Vayan a mí tus palabras como una sonda decisiva que me ha de revelar la veracidad de lo que, por lo menos con el acento de la verdad, acabas de decir. Escucha, Gilberta, ¿amas a mi tío?

—¡Oh!

—¿Amas a mi tío, Gilberta?

—¿Qué va a romperse con mi confesión?

—Nada.

—¿Qué va a nacer?

—No sé; pero te juro que lo que nazca será compartido entre los dos.

—Contesta, corazón—se dijo Gilberta.

Y con la mano puesta en la víscera vital, contestó Gilberta como en juramento:

—No le amo.

Se esclareció el rostro de Marcelo. Y leyó claramente en la sonrisa Gilberta. Y traduciéndola, con vehemencia y sincero acento, la desgarró para que lo nacido viera triunfalmente, y cara a cara, a la vida:

—¡Tú me amas, Marcelo!

Y como si ante él pusieran la verdad de sus ideas cristalizadas en una pasión fulgurante y hasta entonces ignorada, replicó vibrante:

—¡Sí!





AUTELOSA, con infinitos cuidados, abandonó Gilberta el lecho conyugal. Echó sobre su semidesnudez una bata y, descalza, salió de la alcoba, atravesando un corto pasillo, y se detuvo ante una puerta que empujó débilmente.

La acogieron los brazos de Marcelo. Cayó en ellos Gilberta, temblorosa y azorada, y ocultó su cabeza en el pecho del amante, como si al propio tiempo quisiera también ocultar su turbación, la angustia de que se hallaba invadida. Murmuró:

—¡Ah! Si él se despierta...

—No temas, Gilberta. Y cálmate. ¿Por qué ha de volverse contra nosotros la Fatalidad, ya que fuera ella quien uniera nuestras almas, quien va a hacer ahora que se unan nuestros cuerpos? Ven, ven...

La llevó hacia un diván, que se hallaba junto

al lecho, y la depositó blandamente, abandonándola mientras iba a cerrar la puerta.

—Así estarás más tranquila. Mientras llama y tardo en abrir, puedes fácilmente escapar por aquí. Mira.

Le señaló una puerta condenada, contra la que se aplastaba el lecho.

Esta puerta da al gabinete azul. Desde allí puedes volver a la alcoba por el lado opuesto. Pretextos no te han de faltar para justificarte: una indisposición que te ha hecho abandonar el lecho, cualquier cosa, vidita.

Sonrió ella, optimista ya, y como el amante llegara a su lado, recibió sus besos y sus caricias con la alegría con que llegan a nosotros los rayos de un sol primaveral tras del momento de sombra en que lo ocultara una ligera y blanca nubecilla.

Empezó el florido rosario de encomios:

—¡Qué bonita eres, Gilberta! Eres la mujer sin par que, al cruzar por los salones del Palace o del Ritz, todos mirábamos con curiosidad y deseo. ¿Tú no te acuerdas de una tarde de Sakuska en que mi mano temblorosa te ofreció una flor?

—¡Oh! No... ¡Estábamos entonces tan lejos sin duda!

—Eras ya la querida del banquero Moisés Delpatte. Un año más tarde oí pronunciar tu nombre de labios de mi tío, designándote para su esposa. Y no temblé en el momento aquel. Yacías en mi corazón entre las cenizas de tantas otras mujeres,

deseadas todas y conseguidas las más. Hoy...

—Hoy estoy en tus brazos y te amo, Marcelo; te amo...

—¡Muñequita de eterna infancia, cómo voy a quererte!

Entreabrió él la bata, bajo la cual Gilberta hallábase semidesnuda. Surgieron sus pechos breves, siempre firmes, de chiquilla que va para mujer. Los apartó ligeramente y fué con sus besos hacia el tibio canal, donde sumergió su boca deliciosamente. Murmuró, estremecido por las primeras sacudidas voluptuosas:

—¡Bonita, bonita, bonita!...

Abrió enteramente a la mujercita, como rosa hollada cuyos pétalos se apartan a uno y otro lado para aspirar plenamente la corola, y siguió en su musiqueo:

—¡Bonita, bonita, bonita!

Lo era de veras Gilberta. De sonrosada piel, cintura de sílfide y vientre ligeramente pronunciado, que descendía en suave línea para buscar el íntimo repliegue de su cuerpo, ligeramente florecido, hacia el que todas las armoniosidades de la gentil Gilberta parecían converger.

La recorrió Marcelo a besos y a mordiscos leves, que la hacían suspirar entre cosquilleos y quejas dulces, arrancados por un fugaz y bien acogido dolor.

—Tu carne es tibia, Gilberta; tibia como un amanecer de julio en la costa...

Murmuró la que amor ansiaba ahora, la que antaño espiaba el placer de los demás para erguirse fríamente sobre él y dominar:

—Mi carne es tibia para tu boca y para los que en ella posaron sus labios. Mi carne es acogedora, remuneradora y pródiga en deleites. Sí. Para el ajeno placer, ella es estío verdaderamente; más para mí, crudo invierno es.

—¿Qué qui res decir?

—Besa mi carne, Marcelo; abrásala; haz que, con la tuya, una sus lenguas de fuego el haz luminoso de sus rayos. ¡Quiero de ti el amor!

Alzó Marcelo la linda muñequita sobre sus brazos como mirífica ofrenda que presentara a Venus Afrodita para la inmediata inmolación. La depositó sobre el lecho con amoroso cuidado y, antes de saltar sobre ella, la besó incansablemente, como si con el largo rosario de sus ósculos quisiera incendiar la carne impertérritamente fría para la sublime sensación.

Murmuraba Gilberta, cuyos ojos, ahora humedecidos de lágrimas, parecían transparentar la conmovedora plegaria que de todo su ser se alzaba hacia la diosa en demanda del amoroso espasmo:

—¡Abrásame, Marcelo mío, abrásame! Quiero el amor de ti; llévate, con la alegría de tu propia gloria, el paraíso alcanzado con mi propio cuerpo, hasta ahora cerrado para mí. ¡Abrásame, Marcelo, abrásame!

Y fué la excelsitud de amor.

Quedara luego transida de alegría y de muerte y de vida la bienaventurada y ambiciosa mujer, mientras el dichoso amante cubríase a su vez de victoria, de una doble victoria alcanzada sobre su propio cuerpo y sobre la venturosa criatura.

Y cuando, al cabo de un instante, Gilberta, en dulce trasiego del placer, renaciera, exclamó en inaudita exhalación de agradecimiento:

—Eres ya sagrado para mí, amor mío; absoluto soberano de mis sensaciones, que me abriste ampliamente las puertas del paraíso incomparable del amor. Una nueva vida se alza esplendorosa ante mí. Parece como si, abierta la pubertad, fueras el maravilloso jardinero que abre el capullo de la virginidad, ofreciéndome rosa al beso fecundante del sol. ¡Qué feliz me has hecho! ¡Qué cielo de gloria me has descubierto al desgarrar el hielo que anquilosaba mi carne para el amor, que la hacía indiferente, mientras sobre ella el ajeno volcán rugía ígneo y devastador, arrojando ardiente lava! Más tuya soy ya que el aliento al ser animado, que la luz al sol, que las aves al espacio. ¡Oh! ¡Ahora ya lo sé! Ahora ya sé que nada es la riqueza al lado del amor; que la más humilde pareja humana, amándose en el ruin de los lechos, vale más que la carne fría y vencida que duerme en la cámara nupcial de un palacio. ¡Dispón de mi vida, amado mío; llévala a tu antojo en la nave, para mí rosada, de tu voluntad!

En la exaltación lírica, las lágrimas que antes

condensaban su líquido en los ojos azules, iban saliendo, como las emanaciones de un manantial, en alegre impulso, corriendo sobre el bello cuerpo desnudo como rocío que se posa sobre las plantas en un amanecer de primavera.

Y luego, tras el fluir palabrero con envolver, como entre encajes, al nacido amor, el enlace de nuevo. Y el gemir de la carne enfervorizada, apta ya para la noble tarea por la que la humanidad se perpetúa.

Lucía ya el sol cuando los cuerpos, rendidos, agotados, como guerreros que, tras la victoria, buscan reposo, se desasían, y los ojos comenzaban a entornarse, mientras Morfeo sonreía satisfecho al considerar que la hora de su reinado era ya llegada.

Sacudió su modorra Gilberta. Y al darse cuenta de lo avanzado de la hora, estremecióse cobardemente.

Murmuró:

—¡Oh! ¡Si se hubiese despertado!...

Salió del lecho Gilberta. Envolvió en la bata el cuerpo pecador y volvió a cruzar el pasillo, sigilosa y sobresaltada como un ladrón.

La luz del día puso en su silueta un mortecino resplandor, como lívido e impalpable sudario que se desvaneciera en cuanto Gilberta penetró en la alcoba en sombras donde reposaba su esposo.

Y se adentró en el lecho conyugal con el deslizamiento de un reptil, mientras sus dientes marcaban el compás del frío interior que la hacía tiritar siniestramente.

Cuando se encontró en seguridad, se sonrió, esperanzada, feliz ya. Y agradeció la tibieza del lecho aquel, en que la respiración uniforme del traicionado era para Gilberta como arrullo tranquilizador que, al serenarla, la daba al propio tiempo ánimo para nuevas traiciones.



ERO en este mundo, y posiblemente en el otro también, es muy difícil jugar con dos barajas. El banquero judío Moisés Delpatte acabó por sorprender los ilícitos amores que Gilberta y Marcelo sostenían.

Y allí fué Troya. El banquero, hombre práctico, hizo lo mejor que se puede hacer en semejantes circunstancias: poner de patitas en la calle a uno y a otro, diciéndoles paternal:

—Hijos míos, ya sois bastante grandecitos para andar por el mundo. Id y ya veréis qué diferencia existe entre la casa de un banquero, donde todo lo obtenéis abundantemente y de mogollón, y ganarse la vida andando de la Ceca a la Meca sin saber otra cosa que lo que vosotros sabéis hacer.

Los amantes sonrieron, despreciativos y esperanzados. ¡Qué más le daba a ellos después de

todo! Que se quedara el banquero solo con su dinero. Ellos tenían el amor, ese tesoro incomparable que, aun aliado con el clásico pan y cebolla, es siempre un tesoro.

Algunas pesetillas se llevaron entre las uñas, a más de las alhajas personales de Gilberta, con lo cual pudieron fabricarse, para empezar, un modesto hogar.

Y fueron felices durante algún tiempo. Pero el dinero comenzó a escasearles. Fueron reduciendo los gastos. Se fueron, para defenderse mejor, reconcentrando en su amor. ¡Largas noches de pasión, hechas de suspiros, de besos, de caricias y de desfallecimientos voluptuosos. ¡Horas de tedio diurnas, matadas idealmente con un morir y resucitar de dicha! Y al fin, un día:

—Gilberta, ¿cómo andas de dinero? Necesitaba comprarme un traje.

Gilberta era la administradora. La que abandonaba su pueblo dispuesta a conquistar el amor y la fortuna, confesó amargamente:

—Mal, muy mal, chico. Apenas si tenemos quinientas pesetas líquidas y nada ya empeñable...

—Es preciso resolver esta situación.

—Sí. Es menester resolverla.

—¿Cómo?

Gilberta se encogió de hombros. A punto estuvo de salir de sus labios:

—No debieras preguntármelo a mí. Tú, el hombre, es quien debe hacerlo.



Cautelosa abandonó el lecho.

Pero ¡le quería tanto! Temió herir su susceptibilidad y se calló.

Dijo él, por fin, torpemente:

—A mí se me ocurre que...

—Di, sin miedo.

—... Que tú podrías resolverlo.

—¿Cómo?

—Yendo sola esta noche al «cabaret».

Gilberta contempló fijamente a su amante. En su corazón hubo un desgarramiento, un frío del que jamás habría de curar la que se apartara del camino de la riqueza y del *confort* para zambullirse de lleno en las ardientes y perfumadas aguas del amor.

Hubo un penoso silencio que no lograra desentrañar el torpe.

Sonriendo misteriosa y llena de amargura, Gilberta declaró:

—Iré.

El la abrazó pasionalmente. Y quiso derribarla sobre el lecho allí vecino. Pero Gilberta, toda acíbar, sonrió y dijo, rechazando la invitación al placer:

—Déjame, hombre; déjame, que necesito estar fuerte... para esta noche.

El no vió la lágrima con que Gilberta subrayaba estas palabras.



No desconocía Gilberta un «cabaret». Estuviera en él con el banquero Moisés Delpatte, y el cascabeleo y la alegría del establecimiento de placer la sedujeron sensiblemente.

Pero no es lo mismo ser espectador que actor en el «cabaret». Gilberta, gran señora, esposa de un banquero, había ido a semejante lugar a divertirse, sin más preocupación que dar suelta a la alegría que el ambiente y el champán la produjeron.

Ahora...

Las cosas eran harto diferentes. Gilberta iba al «cabaret» *a trabajar*. Iba por dinero. Iba a prostituirse. Y en un grado de crudeza y descoco como jamás lo hiciera. Llevaba el corazón desgarrado, sangrando, y el alma en pena. Iba, tal vez sin saberlo de una manera consciente, a buscar a otro hombre para que sirviese de enterrador del que tan-

to había amado, por el que hiciera el sacrificio de su riqueza y de su encumbramiento y que terminara pagándola... con enviarla a un «cabaret» para que se prostituyera.

Gilberta se puso guapa como nunca. Fruto en sazón ya, el lindo capullo que abandonara el humilde pueblecito donde naciera, dispuesta a triunfar de la vida, era ya espléndida rosa.

El quiso besarla en agradecimiento paternal y también lleno de deseos, de unos impuros deseos; pero ella le rechazó enérgica, contundente, diciéndole:

—No, no; ahora no, que me vas a deshacer la *toilette*.

Y sonrió sutilmente.

El transigió, no comprendiendo que, por primera vez en la historia de sus amores, iba a ser pospuesto; no podía él *deshacer* lo que para otro, por dinero, era destinado.

Y ella salió triunfal, arrogante, marchando hacia el patíbulo de su amor, condenado con la estoicidad de un sectario.

Pero no pudo impedir que, al rematar la escalera de aquella casa que tal vez para siempre abandonaba, unas lagrimitas sentimentales y cobardes se agolparan a sus ojos.

Era más de media noche. Fines de octubre. Hacía frío ya. Pero Gilberta, a pesar de lo sutil de su vestido y de su ligero abrigo, no lo notaba. ¡Más hielo había en ella que en la atmósfera!

Al penetrar en el interior del «cabaret», luego de abandonar abrigo y sombrero en el guardarropa, se detuvo indecisa, deslumbrada por la viva claridad eléctrica y por el run-run de colmena que había en la sala.

Pero su indecisión fué breve. Reaccionando, se perdió entre la gente y buscó una mesa, que por el pronto no hallara.

Alguien—¡hay entre los hombres hábiles expertos cazadores de mujeres!—se diera cuenta de ello y, acercándosela gentilísimo, la invitó de esta manera:

—Señorita, ¿busca usted mesa, verdad?

—Puede.

—¡Si no tiene usted compromiso y se dignara aceptar la mía!... Estoy solo, completamente solo...

Gilberta contempló, analizadora, al hombre aquel.

No la descontentó el examen. Hombre maduro, elegante y simpático. ¿Qué más podía desear?

Si no la interesaba más que el *cliente*, allí delante de ella le tenía. No podía quejarse. La suerte no le era esquiva.

—Bien. Acepto—dijo.

Y siguió al hombre aquel hacia un palquito vecino.

—Aquí estaremos muy bien, señorita...

Ella no mintió. ¿Qué más daba un nombre que otro? ¡Eterna tontería de las cortesanas! Y declaró:

—Gilberta.

—Es un nombre encantador y original.

Y en cuanto estuvieron ante la mesa sobre la que, en una garrafa ahita de hielo, alzaba su panza seductoramente una botella de champán:

—Bien, Gilberta. Yo espero que hemos de ser muy buenos amigos, que hemos de pasar una buena noche y que hasta, ¡quién sabe!, porque usted cada vez me va gustando más.

Le sirvió champán en una copa que prestamente trajera el camarero.

Y mientras ella saboreaba la deliciosa bebida:

—No es usted flor de «cabaret», ¿verdad?

Gilberta se quedó mirando al hombre aquel, un tanto sorprendida por la capciosa pregunta.

Dijo:

—¿Por qué lo duda usted?

—¡Qué se yo! Intuiciones...

—Pues... ha acertado usted. No soy flor de «cabaret», en efecto. ¿Lo deplora usted?

—¿Por qué? Al contrario. Me alegro infinitamente. Así habrá más ilusión... y más pureza. ¡Desde el momento en que no es el vicio el que aquí la trae!...

Gilberta palideció. Murmuró entre dientes estremecida:

—No; el vicio no es; el vicio no es...

El la tomó una mano blanca, diminuta, bien cuidada, y se la llevó reverencioso a los labios. Murmuró luego:

—¿Afán de divertirse? No. Hay en sus ojos demasiada tristeza. ¿Qué, pues? ¿Fracaso de amor? ¿Desesperación? ¿Suicidio de amor?

Las interrogaciones penetraban en el alma de Gilberta y la removían. No podía mentir en aquellos instantes. Y no mintió al decir, toda llena de rubor, de ese noble rubor de pobreza, que hasta aquel instante la hermosa mujer no había sentido:

—Necesidad.

—¡Ah!

Y hubo una pausa durante la cual naciera el amor. En él o en los dos al propio tiempo. Porque sus miradas se encontraron en el solemne minuto y sus almas se miraron frente a frente.

Fué entonces cuando murió definitivamente en el corazón de Gilberta el imbécil sobrino del banquero Delpatte, que, fuera de «castigador», no valía para otra cosa.

—Gilberta.

—¿Qué?

—¿Quiere usted tutearme? Llámeme por mi nombre: Máximo.

—Máximo, sí...—murmuró Gilberta como adentrándose en un nuevo sueño de felicidad.

Y con voz que la emoción estrangulaba:

—¡Háblame, Máximo! ¡Consuélame! ¡Quítame del corazón esta pena que me ahoga! Porque tú eres bueno y sabrás comprender...

—Escucha, Gilberta.

—¿Qué?

—Ese vals. ¿No oyes?

—Sí.

—Vamos a bailarle.

Y como ella se sorprendiera, desilusionada:

—¿No has dicho que te consuele? ¿Qué te ocurre? Ya comienzo. Anda, vamos.

Se perdieron entre las demás parejas.

Y cuando ya estuvieron cuerpo contra cuerpo, unidos como para la excelsitud de la cópula, con los brazos muy juntos, con las respiraciones confundidas en el calor de sus naturales confundidos, como pretendiendo formar una sola existencia, él la dijo muy quedamente:

—Yo también he venido aquí lleno de dolor, en busca de la alegría. ¡Sanatorio de amor es el cabaret, Gilberta! Una mujer traicionera, sin alma, me ha abandonado. ¡Y sufría!... Pero ya no sufro. Ahora estoy a tu lado. Y siento que te quiero y presiento que vamos a querernos mucho, porque nuestros corazones, hermanos, acabarán de hacer conocimiento; porque siento vibrar en tu cuerpo la misma llama de amor y de deseo que en el mío, ¿verdad?

Ella no contestó porque no pudo. Que ya las bocas se hallaban juntas y se aplastaban una contra otra en un beso pasional, largo como una entrega, de consagración y de juramento, de ansia y de deseo.

Y luego, cuando las bocas se separaron:

—¡Qué feliz me siento!—gimió la ya dichosa.



—Vamos a bailarle.

—¿Sí?

—Sí, bien mío.

—¡Qué inolvidable vals!

—¡Qué indeleble beso!

Ahora él la atenaza contra su cuerpo, como anhelando perdidamente la posesión, como si temiese que aquel cuerpo, que aquella alma que tan prestamente cautivárale fuera a escapársele, volviendo de nuevo al dolor que le llevara y del que tan rápidamente acababa de redimirse.

Y el vals terminó.

Volvieron a la mesa, y el idilio siguió su curso.

En los futuros amantes ya no hubo noche, ni tiempo, ni lugar. Se hallaban como en un paraíso donde las horas no se cuentan, donde no hay malas pasiones... y donde las mujeres no afluyen a venderse por vicio o por necesidad.

—Ya no nos separaremos nunca. ¿Verdad, Gilberta?

—No, bien mío.

—¡Qué felices vamos a ser!

—Soy tuya ya, Máximo, absolutamente tuya. ¿No lo sientes?

—Sí. Y no ha de pesarte. ¡Porque te voy a querer más!...

—¡Oh, no tanto como yo a ti, de seguro!

Parecían dos chiquillos jugando ingenuamente al lindo juego del amor y del azar.

—¿Que no? Desde ahora mismo puedo jurártelo.

—¡Y yo, Máximo de mi vida!

—Preferiría perderte antes de que tu amor supere al mío.

—¡Oh! Eso mismo pensaba yo mientras semejante pensamiento nacía en ti.

Y de nuevo las bocas se juntaron. Y con las manos entrelazadas al mismo tiempo, aquellos dos seres, que llenos de dolor fueron buscando al «cabaret» lenitivo a sus males, comenzaron a edificar entre besos y caricias el rosado y esplendoroso edificio de la felicidad voluptuosa, que no tiene nada de comparable cuando alíase a un amor que va de alma a alma y de corazón a corazón.





HORA sí. Ahora fué para Gilberta el gran amor, el insuperable amor, el que capta alma y cuerpo, el que hace de dos seres uno solo. Y la ambiciosa, la que llegara a conquistar la riqueza y luego, en un gesto romántico, la despreciara por un amor de esos de «contigo, pan y cebolla», disfrutó al fin como premio a su heroísmo—¡ay!, sí; en nuestro siglo eso es heroísmo—del bienestar y de la más excelsa de las sensaciones humanas.

¡Amor! ¡Superarse! Ese era su lema.

Y se sucedían las noches llenas de fiebre, hechas de pasión. Y eran los éxtasis carnales, y las languideces de los cuerpos ahitos de placer. Y cada día traía consigo la refrenda de que en los amantes aquellos el amor no llegaría a extinguirse sino con la muerte.

Máximo era arquitecto; pero ejercía poco. Una buena heredad, en la Mancha, le dejaba pingüe renta con que poder darse buena vida.

Aquel idilio podía haber terminado, a lo largo de los años, en una vejez luminosamente otoñal, en que dos vidas, plenas de dicha, se hubiesen extinguido como se extingue en el árbol el fruto magnífico y maduro a quien sorprende el invierno sin haber sido cosechado. Pero el azar no lo quiso así.

Una tarde, paseando Máximo y Gilberta por el parque del Oeste, se encontraron frente a frente con Basilio. La mirada del hombre que llevara el primero al altar del amor a la rubia Gilberta se encontró con la de su antigua amante.

¿Qué pasó en el alma de la venturosa?

El sonrió brevemente y continuó su camino.

Gilberta nada dijo a Máximo de semejante encuentro; pero permaneció ya sombría durante el resto de la tarde, perdida en un ayer que, a pesar de todo, tenía su encanto.

¡Aquel Basilio!

Y Gilberta recordó la iniciación en la voluptuosidad, las noches de amor; de un amor menos sabroso, profundo y sincero que el de ahora, pero que, indiscutiblemente, tenía el encanto de ser el primero, el más ingenuo...



INTIÓ de repente Gilberta unas ganas locas de volver a ver a Basilio, no para traicionar a Máximo, no, sino para recordar tan sólo, para resucitar uno de esos momentos vividos en que la voz del pasado se alza en los corazones como el ritornelo de una vieja y grata cantinela.

Y fué ya para ella como una ineludible obsesión.

Luchaba contra la tenaz idea, procuraba ahuyentarla en desbordamientos amorosos con Máximo, lloraba, se prometía ser fuerte. Pero todo era vano. La idea morbosa se obstinaba, se obstinaba...

¡Ver a Basilio! ¡Ella quería ver a Basilio! No para traicionar con él a Máximo, no, sino para recordar el viejo amor, como esas cartas de una

pasión muerta que exhuma a veces la esposa con melancolía, como un noble y piadoso culto hacia el pasado, que no implica, sin embargo, perjurio.

¿Dónde ver a Basilio?

Estaba desorientada respecto a su encuentro con él. No sabía dónde hallarle. Tan sólo el azar...

Y al azar se lanzó al fin Gilberta en pos de Basilio.

Era por la tarde. Máximo había salido, citado con un su amigo, con quien había de cenar aquella noche.

Gilberta dijo a su amante:

—Yo también saldré. Tengo que hacer algunas compras.

Enrojeció al manifestar el pretexto. Pero Máximo no se dió cuenta de ello.

Gilberta, poco antes de anochecido, salió.

Aderezada como nunca, cual si acudiese a una amorosa cita, los hombres la admiraban, requebrándola.

Hacía mucho tiempo que Gilberta, que casi siempre iba a la calle acompañada de Máximo, no escuchaba el halago popular.

Y ahora, al recibir el público homenaje de admiración hacia su belleza, se sentía contenta, feliz, como si otra nueva vida, más brillante y cortesana, comenzase para ella.

No pensaba en Máximo, ni aun siquiera en Basilio; pensaba en los hombres, en sus ensueños del pueblecito serrano donde naciera, en sus anhelos de ser una mujer rica y espléndidamente bonita, admirada de todos, homenajeada como una reina.

Un hombre, el más decidido, se acercó a ella y comenzó a dirigirla frases de pasión que Gilberta, en el primer instante, no acertó a rechazar.

El hombre, no viéndose desdeñado, persistió. Llegó a proponerla una cita.

Entonces en el alma de Gilberta hubo como una resurrección, como una vuelta vertiginosa y noble hacia el hombre a quien idolatraba, y cuyo amor, aun siendo muy grande, jurara superar...

Rechazó bruscamente al inoportuno y regresó a su casa con apresuramiento, con miedo casi, como si huyese de un grave peligro, como si se apartase de un abismo en el que hubiera estado a punto de caer.

Y penetró en su casa y, sin despojarse de su vestido de calle, echóse sobre la cama y comenzó a sollozar amargamente, como si acabara de cometer una irreparable infamia.

Así pasó cerca de dos horas.

No había dado luz. La sombra la envolvía piadosamente.

Cuando se hubo serenado, dió luz y cambióse de vestido frente al gran armario de luna, que devolvía fielmente su imagen, como un homenaje a la indiscutible belleza de la linda rubia.

Llegó un instante en que Gilberta, seducida por su hermosura, se sonrió.

Luego, para aburrirse, se puso a buscar yo no sé qué fruslería en un artístico bargueño, único recuerdo que guardaba de su esposo, el banquero Moisés Delpatte.

Sortijas, collares, cartas, una diminuta edición de *Afrodita,* de Pierce Louys... Un medalloncito cuajado de brillantes... Una carterita... Y un puñal, un diminuto puñal, poco mayor que un dedito de su linda mano; un puñal como de juguete.

Gilberta lo extrajo de la suave vaina en que se hallaba hundido y lo estuvo examinando curiosamente, como si fuese la primera vez que lo hallara.

Sonrió al fin, diciéndose, luego de un instante meditativo, en el que parecía recordar:

—¡Ah, sí! Fué Basilio quien me le regaló en una tarde de loco amor. ¡Con él jugara... a matarme! Yo se lo arrebaté riendo y diciéndole: «No, no me mates tú, Basilio; déjame a mí matarme por ti, por tu cariño.» ¡Y a punto estuve, burla burlando, de hacer un disparate!

Gilberta permaneció dos o tres minutos con el puñal desenvainado entre las manos, no sabiendo qué hacer con él, perpleja. Al fin lo volvió a hundir en la vaina y lo colocó cuidadosamente en el bargueño, murmurando:

—¡Ay! ¡Quién sabe si algún día!...

Luego volvió a desesperarse. Cerró violentamente el bargueño y, colérica, dió dos o tres pataditas en el suelo y clamó:

—Basilio, ¿por qué me persigues? ¿Por qué, cuando más debo rechazarte, vuelves a mí? Di, ¿por qué?

Las interrogaciones, naturalmente, quedaron sin respuesta...





ASARON los días.

El anhelo absurdo, el deseo vehemente, no se apartaba de la imaginación de Gilberta ni un solo momento.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan preocupada, Gilberta?—decía Máximo.

Y ella mentía al que en sus amorosas charlas jurara siempre decir la verdad:

—Nada. No me sucede nada. Son figuraciones tuyas.

—No, Gilberta. Tú no eres la misma. A ti te sucede algo.

Y agregaba lleno de emoción, casi con lágrimas en los ojos:

—¡Ya no me quieres como antes!

Ella se arrojaba, sollozante, en los brazos del

amante. Y le colmaba de besos y de caricias, vibrante alma y cuerpo de sincera pasión.

—¡Sí! ¡Te quiero como antes, Máximo! ¡Más que antes, si eso es posible! Me pasa... ¡qué se yo! Un desasosiego, un no sé qué...

—¿Es que quieres a otro hombre?—insinuaba él, pálido de temor.

—¡Oh! ¡Máximo! No tienes derecho a pensar eso de mí.

En sus soledades, Gilberta se recriminaba:

—Pero ¿por qué querré yo volver a ver a ese hombre? ¡Si no le quiero! ¡Si a quien quiero es a Máximo!

¡Era así, a pesar de todo!

Y Gilberta comenzó a sentirse culpable, a comprender, a sentir que Máximo era el victorioso. ¡Que la quería más que ella a él!

Y esto llegó a enloquecerla.

¡No, no podía ser! ¡De ninguna manera sería! El no habría de amarla más que ella le amase. ¡Delirio de amor! ¡Soberbia de amor!

Pero, a pesar de todo; a pesar de que Gilberta se entregaba con más pasión y con más alma, más carnalmente que nunca se entregara, toda fuego, toda caricia, toda voluptuosidad, en batallas carnales sin fin en que el cuerpo femenino parecía inagotable, Máximo, evidentemente, irrefragablemente, quería más a Gilberta que ésta a aquél.

Y la venturosa, que por un absurdo empeño, o

víctima más bien de un maleficio, pasara a ser desventurada, comenzó a penar, a hundirse en la locura, en el desequilibrio, perdiendo ritmo en todo: en el placer y en la quietud espiritual indispensable para un perenne y noble amor.

Pensó en el suicidio.

La idea se fué adueñando de ella, lenta, pero segura, como un puñal que caminara inexorablemente hacia el corazón.

—¡Me quiere él más a mí!—decía la ensoberbecida amante, en cuanto el recuerdo de Basilio acudía a su imaginación.

Y se desesperaba.

Volvió a quedar sola otra tarde. Esta vez Máximo se había visto obligado a salir para encargarse de un asunto profesional. Indolentemente apoyada en la barandilla de un balcón, Gilberta contemplaba indiferente el deambular de los transeúntes.

De improviso su ser vibró, sus mejillas se encendieron. Su corazón latió apresuradamente.

¡Basilio!

Y de su pecho, irreprimiblemente, se escapó la exclamación jubilosa:

—¡Basilio!

El, que no se diera cuenta de la presencia de Gilberta en el balcón, continuó calle abajo, hasta desaparecer.

Y Gilberta, seguidamente, quedó como anonadada.

¿Qué había hecho? ¿Por qué semejante alegría la invadiera?

Se sintió tan culpable, que rompió a llorar desconsoladamente, encerrándose en su gabinete.

—¡Me quiere más Máximo! ¡Infinitamente más que yo a él!

Y no aceptó la derrota. No quiso ser superada, ahora que tenía la evidencia de ello.

¡Fuera la vida!

¡Viva el amor!

El puñalito como de juguete...

¡Tan sutil!

Aquello parecía incapaz de producir la muerte.

Gilberta le apoyó valerosa sobre su corazón. Y apretó.

¡De juguete, claro! La sangre no salía.

Apretó más.

Pero ¿es que Gilberta no tenía sangre?

Dolor, sí. ¡Oh! Un dolor sutil, sutil...

Su mano no tuvo valor para seguir impulsando el arma...

Desvanecida quedó sobre el diván en que se hallaba.

Cayó el puñalito al suelo.

Entonces, sí; entonces la sangre comenzó a latir, suavemente, como un lloro de infinito dolor.

Cinco horas más tarde Máximo hallaba el cadáver de la exquisita mujer a quien tanto amara.

—¿Por qué se había suicidado?—interrogóse ya durante el resto de su vida.

Nunca supo contestarse.

¡Soberbia de amor!



LA NOVELA SUGESTIVA

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

HISPANOAMÉRICA			OTROS PAÍSES		
Año.....	Pts.	24	Año.....	Pts.	40
Semestre...	»	12	Semestre...	»	24
Trimestre..	»	6	Trimestre..	»	

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

